arrimado al espaldar de la silla (que ordinariamente era tan alto como el cuerpo del que estaba sentado y muy proprio para tomar en él el sueño); luego daba audiencia con mucha afabilidad y gravedad, llamando para ello a los secretarios por quien respondía y decretaba lo que se había de hacer. Entraban los que habían de negociar y dejaban a la puerta del palacio los cacles o suelas de que usaban o los llevaban en el cinto, debajo de la manta. En este tiempo de entrar a negociar los grandes señores (si no eran parientes del rey) echaban sobre sus mantas ricas otras más groseras, porque decían que era poco respeto parecer tan galanes delante del rey. Cuando le iban a hablar todos eran iguales en el acatamiento, porque primero que llegasen a hablar hacían tres y cuatro reverencias, no le miraban al rostro y hablaban inclinada la cabeza y tan bajo que si no eran los secretarios, nadie podía entender lo que decían; oía con grande atención, y si de turbado alguno no acertaba a hablar, mandaba que se sosegase y dijese el negocio a alguno de sus secretarios. Respondía a todos con buen semblante y muy de espacio y en pocas palabras; los que habían negociado se volvían a salir sin volverle las espaldas. Acabada la audiencia entraban señores y otros muchos cortesanos y gustaba de oír en sus cantares las grandezas de sus antepasados, cantadas en los instrumentos músicos que ellos usaban. Holgábase de oír hablar a truhanes, porque divertían el cuidado de los negocios, y decía que debajo de burlas decían verdades que sabios no se atrevían a declarar; haciales muchas mercedes, porque era aficionado a ellos; otras veces holgaba de ver jugadores de pies (como los hay de manos, y volteadores entre nosotros los castellanos o españoles) que era cosa muy de ver (y lo decimos en otra parte); deleitábale una manera de juego a manera de matachines, porque se subían tres hombres, unos sobre otros, de pies levantados sobre los hombros, y el postrero hacía maravillas como si estuviera de pies en el suelo, andando y bailando el que estaba enmedio; algunas veces miraba el juego del patoli (que en algo parece al juego de las tablas reales, de que hacemos memoria en otra parte).

CAPÍTULO LXXXIX. *Donde se dice el excesivo número de mujeres que el gran rey Motecuhzuma tenía en su palacio; y se dice también haberse hecho preñadas de él a un tiempo muchas. De su corte, de su guarda y tributos*

RA TAN GRAN PRÍNCIPE y señor en todo, Motecuhzuma, que ninguna cosa tenía para su servicio o para su contentamiento, que no fuese real y digna de tan gran señor; y para ellas y para su asistencia tenía muchas casas (como en el libro de las poblaciones decimos); pero en la de su asistencia, aunque tenía muchos de guarda, dormían pocos hombres en ella; tenía en su real palacio tres mil mujeres, entre señoras, criadas y esclavas (y esto es más cierto que lo que otros dicen, que no eran más de

mil). Las señoras, hijas de caballeros, que eran muchas y muy bien tratadas, tomaba para sí Motecuhzuma, en especial las que mejor le parecían, y las otras daba por mujeres a sus criados y a otros caballeros y señores; y así dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas a un tiempo, las cuales a persuasión del demonio movían, tomando cosas para poder despedir las criaturas y estar desembarazadas, para dar solaz a Motecuhzuma. Tenían estas mujeres muchas viejas de guarda, que jamás se apartaban de ellas, no dejando que aun las mirasen los hombres; porque así Motecuhzuma, como los otros reyes, sus antepasados, procuraron en su casa toda honestidad y castigaban rigurosamente cualquier desacato y desvergüenza que en ella sucediese, y muy raras veces acontecía esto. Tenían estas señoras muy gran servicio de mujeres, andaban a su modo muy ricamente aderezadas, labábanse muchas veces, porque era Motecuhzuma muy amigo de limpieza.

Juntamente con lo dicho guardaba este grande emperador gran majestad en la guarda y acompañamiento de su persona; porque cada día entraban seiscientos señores y caballeros muy principales de guarda y cada uno de éstos, el que menos, con tres y cuatro criados y muchos con veinte y treinta, según la posibilidad y renta de cada uno. Todos traían sus armas y venían a ser, entre amos y criados, más de tres mil personas; y hay quien diga y lo afirma por verdad que eran más de cinco mil. Todos éstos comían en palacio de lo que sobraba del plato real (como dejamos dicho); los criados no subían ni entraban en lo interior de la casa a los terraplenos, ni se iban hasta la noche, después de haber cenado. Los señores, también con sus armas, estaban en lo alto de los terraplenos por las salas, sin entrar donde estaba el gran señor Motecuhzuma. Unos estaban en pie, otros (que eran los más) estaban sentados en sus banquillos o icpales de cuatro en cuatro y de seis en seis, parlando entre ellos y bien bajo, porque era desacato hablar alto en la casa real. Eran finalmente tantos los de la guarda que, aunque eran grandes los patios, plazas y salas, lo hinchían todo; y no faltó de los nuestros quien dijo de los que se hallaron presentes que por los castellanos y por mayor majestad y seguridad de su persona había doblado la guarda Motecuhzuma, aunque la verdad es decir que aquélla era la ordinaria, porque los señores que estaban debajo del imperio de Motecuhzuma, que eran treinta de a cien mil vasallos y tres mil señores de lugares y otros muchos vasallos, personas preeminentes y de cargos, residían en Mexico por obligación y reconocimiento del gran señor, cierto tiempo del año; y estaban tan sujetos con ser tantos y con tantos vasallos que ninguno osaba ir a su tierra y casa sin licencia y beneplácito de este gran señor; y si iban dejaban algún hijo o hermano por seguridad que no se alzarían, ni serían contra la obediencia que tenían jurada; y a esta causa tenían todos casas en la ciudad de Mexico y Tlatelulco (como ya hemos dicho), de donde parece clara la violencia de aqueste imperio; pues es cierto que el rey natural es amado y querido de tal manera de los suyos que si no fuese por la autoridad real, podría andar y dormir sin guarda, las puertas abiertas. Ésta era la guarda de tantos y tan principales señores que

Motecuhzuma tenía, obedecido más por temor que amado por rey natural; porque cada cual quería ser señor de sí mismo en su rincón y casa. Tenía tan sujetos a sus vasallos y tan avasallados a los que de nuevo sujetaba que ninguno había por gran señor que fuese que no le tributase. Los señores y nobles le pechaban tributo personal, asistiendo en la corte lo más del tiempo del año, gastando en ella sus haciendas, con que no poco adornaba su corte; y si se ofrecían guerras los señores eran los que primero iban a ellas, por la obligación personal que tenían, en las cuales gastaban mucho más que en la corte, porque se preciaban de llevar más gente consigo y hacer más servicio del que eran obligados. Los labradores (que llaman macehuales) eran cuasi infinitos, porque la principal granjería que tenían era labrar los campos; éstos tributaban con sus personas y bienes. Ésta era la diferencia que había entre nobles y pecheros, que los pecheros eran en dos maneras, unos renteros, que arrendaban de otros las heredades a los cuales pagaban las rentas de ellas, y demás de esto tributaban de lo que les quedaba la mayor parte al rey. Había otros pecheros que labraban sus heredades y pagaban cada año de todo lo que cogían, de tres fanegas una; y de todo lo que criaban, de tres uno. Las sementeras eran maíz, frijoles y otras semillas. Los instrumentos con que labraban eran de piedra (cosa bien nueva para nuestros españoles); otros trataban en sal, miel, mantas, plumajes, algodón, cacao, camotli y otras cosas a este tono, de todas frutas y hortalizas, de que principalmente se sustentaban y mantenían los renteros; porque pagaban estas rentas por meses o por años, en tanta cuantidad, por esto se llamaban esclavos, porque tributaban dos veces; y cuando comían huevos les parecía que el rey les hacía gran merced; y estaban tan oprimidos que casi se les tasaba lo que habían de comer y lo demás era para el rey. En este estado dicho estaba este grande monarca Motecuhzuma y los otros reyes y señores en sus reinos y estados cuando se trocaron las cosas como en los capítulos siguientes parecerá claro.

CAPÍTULO XC. *De las señales y pronósticos que hubo en esta Nueva España, antes de su conquista, que fueron anuncios de su fin y acabamiento*

EN CASOS ARDUOS Y NEGOCIOS DIFICULTOSOS, que por justos juicios de Dios acontecen en el mundo, suele haber señales y prodigios que pronostican estos acontecimientos antes que sucedan, en especial en acabamiento y desolación de algún reino. Y porque importa antes de decir los que hubo en la destruición de estas gentes indianas probar esta verdad, con lo acaecido en otros, quiero hacer esta probanza con los que hubo en aquella ciudad de Dios, que tanto la quiso y amó y tanto defendió a sus moradores, hasta que por sus muy graves pecados alzó la mano de su defensa y la entregó a los enemigos, que como tales la asolaron y destruyeron